

F
RD
1238

0392

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL LIC. VIRGILIO ALVAREZ
SANCHEZ, SECRETARIO DE ESTADO DE FINANZAS
Y PRESIDENTE DE LA JUNTA MONETARIA DE LA
REPUBLICA DOMINICANA, EN LA INAUGURACION
DEL EDIFICIO DEL BANCO CENTRAL, EL 24 DE OC-
TUBRE DE 1956, EN CIUDAD TRUJILLO.

EDITORIA DEL CARIBE, C. por A.

Ciudad Trujillo, R. D.

1956

F
20
1238

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL LIC. VIRGILIO ALVAREZ
SANCHEZ, SECRETARIO DE ESTADO DE FINANZAS
Y PRESIDENTE DE LA JUNTA MONETARIA DE LA
REPUBLICA DOMINICANA, EN LA INAUGURACION
DEL EDIFICIO DEL BANCO CENTRAL, EL 24 DE OC-
TUBRE DE 1956, EN CIUDAD TRUJILLO.

EDITORIA DEL CARIBE, C. por A.

Ciudad Trujillo, R. D.

1956

Banco Central de la República Dominicana
BIBLIOTECA

801278

2009-08-28

Don.

Tu - no 92

Con la venia del Excelentísimo Señor Presidente de la República y del ilustre Benefactor de la Patria y Padre de la Patria Nueva;

Altos funcionarios de la Nación;

Señores Miembros del Cuerpo Diplomático;

Distinguidos visitantes;

Señores:

Asistimos en este instante a la culminación de una obra prodigiosa. El desarrollo de la economía dominicana, base de la estupenda cruzada de la rehabilitación de la República, llega con la inauguración de este majestuoso edificio a su punto descollante. Como todos los artífices geniales, el arquitecto de la Patria Nueva ha labrado su obra con arte insuperable pero también con el sentido previsor de un economista consumado.

La acción de este estadista sin paralelos en nuestra historia, revela al hombre consciente de su misión que estudia detenidamente el plan de sus obras y lo ejecuta luego con seguridad asombrosa. Se dice que Leonardo de Vinci, supremo arquetipo del Renacimiento italiano, cada vez que se descubría alguna

estatua en el légamo del Arno, acudía provisto de compases para medir las proporciones de la obra de arte rescatada del polvo en que la sepultaron los siglos. La obra del genio, como lo demuestra esa actitud del mago que condensó todo el saber de su época en su espíritu proteico, no es sólo fruto de la inspiración sino también de la madurez y del estudio que completan las sorprendentes adivinaciones de la intuición creadora.

La obra de Trujillo, la más grande y la más perfecta de la historia de América, comienza como la del gran artífice florentino, con la labor de estudio y de ajuste que apela a los instrumentos de precisión para preparar el terreno en que más tarde ha de proyectar el genio sus creaciones portentosas. Antes que la Era de Trujillo se coronara de palacios, como las montañas de flores, como las rocas de espuma, como los espacios siderales de estrellas, fué preciso librar una batalla sin cuartel para cubrir la tierra de espigas y para establecer sobre bases seguras e inquebrantables la economía dominicana. Lo útil ha precedido a lo suntuario, y así, primero se ha labrado la tierra, se han abierto canales de regadío, se han cubierto materialmente de frutos los graneros, se han enriquecido, en una palabra, las arcas de la nación y se ha infundido inconstrastable vitalidad al Estado, y después se han erigido las fábricas suntuosas, de imponentes líneas arquitectónicas, como este palacio de mármol y de acero, para ofrecer en ellas adecuado alojamiento a las grandes instituciones nacionales.

De acuerdo con el sentido patriótico y con la profunda sabiduría de esa política, el edificio que en este momento inauguramos sirve de remate espléndido

a toda una larga y titánica labor dirigida a sanear y a fortalecer las finanzas dominicanas: desde la ley de emergencia del 23 de octubre de 1931, que creó un fondo especial con la cuantía total de los derechos aduaneros y que facultó al Gobierno para resolver con medidas de carácter extraordinario la situación creada por la incompetencia de administraciones anteriores y por la crisis que desde fines de 1929 desajustó la economía de todos los países del mundo, hasta la erección de este palacio de severa fisonomía dentro de su estilo clásico, hay toda una serie de conquistas que enorgullecen justamente al patriotismo dominicano: el incremento de los ingresos fiscales, la reorganización integral de la hacienda pública, la reforma monetaria de 1937, la creación del Banco de Reservas en 1941, la del Banco de Crédito Agrícola e Industrial en 1945, el establecimiento en 1946 del Banco Central, la redención de la deuda pública en 1947, y, presidiendo y coronando triunfalmente ese conjunto de realizaciones en el campo económico, el Tratado Trujillo-Hull, que nos devuelve la autonomía en la administración de nuestras aduanas y rompe para siempre las cadenas de nuestra esclavitud financiera.

La organización bancaria nacional es una de las creaciones más sólidas y más perfectas de la Era de Trujillo. La historia misma de cada uno de los tres grandes bancos del Estado, narrada con la fría elocuencia de los números y sin más comentario que el que emana de la propia vida de esas instituciones, revela la genial clarividencia del artífice que ha creado tales organismos para vitalizar y desarrollar al través de ellos la economía dominicana.

El Banco de Reservas nació con un activo de RD\$7,953,000.00, con un capital de RD\$1,000,000.00, con RD\$6,821,000.00 en depósitos y con operaciones de préstamos por un total de RD\$621,000.00. Los balances efectuados en el mes de septiembre del presente año prueban que ese banco tiene actualmente un activo de RD\$96,323,000.00, un capital de RD\$7,000,000.00, sumas en depósito por RD\$86,431,000.00 y operaciones de préstamos por RD\$24,560,000.00.

El Banco de Crédito Agrícola e Industrial, con sólo diez años de existencia, se inició a su vez con un activo de RD\$2,101,000.00, un capital de RD\$2,000,000.00, y operaciones de préstamos por RD\$216,000.00. En septiembre del presente año el activo de dicho banco asciende a la suma de RD\$188,965,000.00, su capital es de RD\$100,000,000.00 y sus operaciones de préstamos montan a RD\$44,976,000.00.

El Banco Central, organismo superior de nuestro sistema bancario, empezó con un activo de RD\$13,625,000.00 con una reserva monetaria de RD\$13,567,000.00, con un capital de RD\$100,000.00 y con una emisión monetaria de RD\$13,507,000.00. En el mes de septiembre del presente año, esas cifras aparecen transformadas con las siguientes, reveladoras del extraordinario grado de prosperidad de esa institución bancaria: un activo de RD\$67,835,000.00, una reserva monetaria de RD\$29,699,000.00, una emisión de RD\$55,850,000.00 y un capital de RD\$300,000.00.

Nuestra organización bancaria no es un hecho aislado: es un aspecto de la madurez y de la estabilidad alcanzadas por nuestra vida como pueblo civilizado. La solidez de nuestro sistema bancario y la firme-

za de nuestra moneda son un reflejo del grado de prosperidad y de orden que reinan en el país como resultado de veintiséis años de ejemplar administración y de vida política ordenada. Nuestros bancos han progresado al compás con nuestra agricultura y nuestra moneda se ha fortalecido al mismo ritmo en que se han desarrollado nuestros recursos naturales.

“Hay ciertos momentos en la vida de los pueblos —expresó con cívica elocuencia el Generalísimo Trujillo en ocasión memorable— que no pueden pasar inadvertidos a un gobernante si éste ha sabido desarrollar su sentido de auscultación del ritmo de los fenómenos sociales. Y por la misma responsabilidad que le atañe, está obligado a poner de manifiesto tales circunstancias ante sus conciudadanos, ya sea para conjurar la amenaza de un peligro común o para derivar de sus potencialidades favorables un nuevo impulso hacia el progreso y el bienestar. Si de algo puedo enorgullecerme —agregó con encendido fervor patriótico— es del amor a mi tierra y de mi inquebrantable fe en su destino. La historia universal desconoce la existencia de pueblos que hayan disfrutado de la libertad en un ámbito de miseria, porque si bien es verdad que la riqueza no constituye por sí sola el bienestar, también es cierto que las aspiraciones de orden superior en una sociedad, no se manifiestan sino cuando las necesidades materiales han sido plenamente satisfechas. “El pan nuestro de cada día, dádnosle hoy”, reza la humanidad cristiana repitiendo la oración que hace 20 siglos pronunció Jesús en ese sublime compendio de verdades fundamentales para la recta conducta del hombre que se llama el Sermón de la Montaña. Esa frase resume toda la ciencia económica e incorpora

a la doctrina cristiana el deber de atender a la subsistencia material como condición previa para el logro de la plenitud del espíritu. Por eso creo —termina diciendo el ilustre gobernante y estadista— que el futuro de la República está determinado por el esfuerzo que realicemos para obtener el máximo de producción y mayor rendimiento de nuestra riqueza”.

En efecto, el fenómeno que se ha operado en la esfera económica corresponde al que ha cobrado relieve en las demás actividades de la vida dominicana: así, en el campo de la salud pública y en el de la asistencia social, terreno enteramente virgen antes de 1930, hemos alcanzado conquistas que nos colocan a la altura de los países que más se han preocupado por rodear de condiciones higiénicas y de garantías de todo orden a sus clases trabajadoras; en el dominio educativo, hemos creado nuestra propia cultura y hemos dado lustre de nuevo, a veces con mayor esplendor que en el pasado, a los timbres cuatro veces seculares que nos hicieron acreedores al título de Atenas del Nuevo Mundo; y en la esfera política, por último, hemos dado estabilidad a nuestras instituciones y hemos establecido un clima de concordia y de conciliación nacionales que ha hecho posible el desarrollo, dentro de un ambiente de seguridad y de paz, de todas las actividades privadas.

Pero Trujillo no es hombre que se detiene en el orgullo de las conquistas ya logradas. Su poderosa acción creadora, su genio inquieto, su fecundo espíritu de iniciativa, su vida ejemplar y su patriotismo siempre vigilante, prometen al país un futuro todavía más espléndido que el que es dable predecir a las presentes generaciones. Los nuevos recursos que las ac-

tuales fuentes de producción ponen a su alcance, gracias al desarrollo logrado por la economía nacional en los últimos cinco lustros, favorecen en grado increíble la realización de programas de reconstrucción integral aun más ambiciosos. Con tan diestro y experimentado capitán en el timón de mando, no hay temor de que las banderas caigan del mástil desgarradas en la contienda de los vientos o de que la nave se detenga vencida por la violencia de las tempestades. Para Trujillo, conquistador invencible, soldado sin fatiga, visionario en busca siempre de nuevos horizontes para la audacia de sus alas y para el vuelo de sus pensamientos, no hay últimas batallas porque su mano está siempre lista para arrebatar al porvenir su puñado de laureles o su manojito de rosas.

La nueva patria de Trujillo no ha nacido sólo a la vida para el disfrute de sus propios hijos sino que sus fronteras se hallan abiertas para todos los hombres de buena voluntad que existen en el mundo. Si hay un país en América que tiene conciencia de sus deberes en la vida internacional, ese país es el nuestro que practica con verdadero fervor el principio de la cooperación y que mantiene vivo en su espíritu el ideal de la solidaridad americana.

De ahí la satisfacción con que recibimos la visita de las personalidades de los países hermanos que comparten nuestro júbilo en esta oportunidad memorable. Su presencia en este acto no sólo nos complace por tratarse de figuras ilustres en el campo de los negocios y en el mundo de las actividades bancarias, sino también porque sabemos el valor que tiene para la amistad de los pueblos el contacto personal entre sus figuras representativas. El testimonio de tan conspicuas

personalidades vale más que todas las calumnias y que todos los prejuicios de los especuladores de la prensa que venden su pluma al mejor postor y al último subastador y que, sin detenerse a estudiar la realidad de cada pueblo, emiten juicios antojadizos o hacen observaciones superficiales que en vez de contribuir a la amistad internacional y a la justa valoración de los hombres y de las instituciones, entorpecen la causa de la convivencia humana.

Sed, pues, bienvenidos, ilustres visitantes, y ojalá que os llevéis a vuestros lares, junto con la visión de un pueblo en marcha y de un estadista que tiene pocos pares en la historia contemporánea, un latido de nuestro corazón y un eco cordial del alma dominicana.

Señores:

Declaro solemnemente inaugurado, en nombre del Excelentísimo Señor Presidente de la República, General Héctor B. Trujillo Molina, fiel continuador de la obra de gobierno del más grande y esforzado de nuestros estadistas, el edificio del Banco Central de la República, nueva realización con que el ilustre Benefactor de la Patria y Padre de la Patria Nueva enriquece el patrimonio nacional y se hace digno una vez más a la imperecedera gratitud de sus conciudadanos en la sucesión de los tiempos.

